Canto. 8.º

Freno las señales demasiado sensibles de una funesta desgracia, esto es la armadura de Reynaldo sangrienta y despedazada.

Canto Octavo.

Cesado habia ya la tempestad y los truenos, y los vientos suspendian sus espantosos silbidos: la aurora con sus megillas de rosa y pies dorados salía de su palacio celeste: mas los motores de la tormenta no desistian fieros aun de sus negros designios: uno de ellos, el horrible Astarot, dirige este discurso á la discordia su hermana.

"¿Ves aquel guerrero que se escapa al brazo vengador del héroe que sostiene nuestro imperio? Aquel vá á referir á los latinos el triste destino de su atrevido gefe y de sus compañeros, y nosotros no podemos ya detener sus pasos: él les revelará secretos importantes que les obligarán tal vez á llamar al hijo de Bertoldo.»

»Tú sabes cuan funesta nos seria su vuelta, y cuanto nos importa el impedirla, ó por la astucia ó por la fuerza: mézclate entre los cristianos: haz volver contra ellos mismos todo lo que ese correo les diga en su favor: siembra tus furores, derrama tu ponzoña en el corazon del la-

tino, del helvecio, del inglés; excita el tumulto y la venganza, y esparce por todo el campo la confusion y el desorden."

»Esta hazaña es digna de ti: y tu la has prometido á nuestro monarca." Dijo: y el monstruo parte á desempeñar tan siniestro mensage: entre tanto el guerrero llega al campo: "Por favor, les dice, conducidme á vuestro general."

Un tropel ansioso de oirle acompaña sus pasos; se inclina con respeto, y quiere besar aquella temible mano que hace estremecer al Ásia. "Héroe invencible, le dice, cuya fama no conoce otros límites que el Océano y las estrellas; yo quisiera traerte mas faustas nuevas." A estas palabras se detiene y suspira.

»Suenon, continúa: hijo único del rey de Dinamarca, gloria y apoyo de su edad cansada, ardia por alistarse en tus banderas y unirse á los guerreros que por tus consejos ciñeron la espada para vengar á Jesucristo: el temor de los peligros y de las fatigas, la vista del trono que le espera, su ternura ácia un padre agoviado por los años, nada puede estinguir en aquel corazon generoso el celo que le inflama."

»Quiso, bajo el nombre de tan célebre caudillo, aprender el arte duro y penoso de la guerra: su alma se indignaba de su oscuridad: la gloria de

Reinaldo, que aunque jóven, igualaba á los guerreros mas famosos, le llenaba de emulacion y de vergüenza; pero el deseo de una gloria inmortal y celeste abrasaba, mas que todo, su corazon."

»Pónese impaciente á la cabeza de una tropa escogida de guerreros; toma el camino de la Tracia y se dirige ácia Bizancio. Allí el emperador griego le acoge en su palacio: allí recibe de su parte un correo que le anuncia la toma de Antioquía y el oprobio de la Persia, que toda entera parecia haberse armado para recobrarla."

»Le habla de tí, de tus héroes, y de Reinaldo: le cuenta la generosa fuga de este jóven guerrero, y las hazañas que entre vosotros han distinguido su valor."

»Le añade, en fin, que os hallais á las puertas de Solima, pronto á batir sus murallas, y le invita á venir, á lo menos á participar de vuestra última victoria. Este discurso inflama su juvenil valor: una hora le parece un siglo, y arde en deseo de combatir á los sarracenos y teñir las manos en su sangre."

»Parécele que vuestro valor sea una reconvencion de su flaqueza, y devorado por la vergüenza, resiste á los ruegos y se hace sordo á los consejos. El único peligro que teme es el no participar de

tus peligros y de tu gloria: los demas, ó no los oye, ó los desprecia."

»El mismo precipita su suerte, y tal es el ardor que le agita, que apenas aguarda para partir los primeros rayos de la aurora. Prefiere siempre el mas corto camino, sin tratar de evitar los pasos dificiles ni los parages en que habitan nuestros crueles enemigos, y nosotros seguimos ciegamente al gefe que nos guia."

»Aquí el hambre nos aflige; mas allá nos opone la naturaleza barreras invencibles; pero triunfamos de todos los obstáculos, logrando inmolar y dispersar á nuestros enemigos. Tranquilos y ufanos con nuestras victorias, tocábamos ya á los confines de la Palestina."

»Al llegar á ellos nos anuncian nuestros batidores haber oido el ruido de las armas; que han visto ondear banderas desplegadas; y en fin, que todo les anuncia la mediacion de un ejército formidable. El intrépido Suenon, siempre firme en sus designios, no muda ni de color ni de ademan, y con ojos serenos vé la palidez en el rostro de sus guerreros."

»Compañeros, esclama; este dia nos dará ó la palma de la victoria, ó la del martirio; yo espero la primera, y no deseo menos la segunda, que con mas mérito nos promete mayor gloria: algun dia

será este campo un templo consagrado á nuestra memoria; y las generaciones futuras vendrán á reverenciar nuestros sepulcros y á contemplar nuestros trofeos."

»Dice; y coloca las centinelas, distribuye los cargos y las fatigas; manda que aquella noche todos duerman armados, y no abandonen su casco ni su coraza. Al medio de la noche, cuando la tropa reposaba en el silencio, atruenan el aire de repente ahullidos espantosos y hacen conmover la tierra."

»Todos gritan: ¡á las armas! Suenon vuela el primero á la cabeza del campo. La audacia centellea ya en sus ojos, y su semblante es todo de fuego: el enemigo nos ataca; un cordon espeso nos rodea; un bosque de lanzas y de espadas nos envuelven, y una nube de flechas cubre nuestras cabezas."

»En aquel combate desigual cada uno de nosotros tiene que lidiar con veinte enemigos: muchos son heridos, y otros espiran en las tinieblas al furor de golpes desconocidos; pero unos y otros ocúltanse entre las sombras, y la noche no deja distinguir ni nuestras desgracias, ni nuestras proezas."

»Entre tanto, Suenon se hace conocer por todas partes por el vigor de su brazo y la fuerza de sus golpes; arroyos de sangre corren á su alre-

dedor, y los cadáveres amontonados le sirven de muralla: á cualquiera parte que dirige sus pasos lleva el terror en sus ojos, y la muerte en sus manos."

»Así combatimos hasta que la aurora empezó á derramar por el cielo sus primeros albores; y disipando con su luz el horror de aquella noche, descubrió á nuestra vista los estragos de la muerte. Aquel dia tan deseado no presenta á nuestros ojos mas que un espectáculo de horror y de compasion: todo nuestro campo está sembrado de cadáveres y cubierto con nuestros despojos."

»Dos mil éramos, y apenas quedamos ciento: á la vista de tanto cadáver, de tanta sangre, no sé si el corazon del héroe se alteró; pero su rostro permaneció sereno. Compañeros, nos dijo levantando la voz; sigamos á esos valientes guerreros; corramos como ellos al honor y á la gloria por el camino que su sangre nos ha trazado."

»Dijo; y despreciando la muerte que le rodea, opone al torrente que le inunda una constancia, un valor intrépido; no hay armadura de acero ó de diamante que pueda resistir á los golpes que parten de su brazo; sin embargo, todo su cuerpo está cubierto de heridas."

»Cadáver invencible, no ya la vida, solo el valor le sostiene y anima, y sin debilitarse, dá golpe por golpe, y cuanto mas herido, mas hiere; en fin, un guerrero de feroz vista y ceño formidable, cae sobre él lleno de furor, y protegido por una muchedumbre de los suyos, despues de un combate largo y porfiado, derriba al héroe."

»Cae aquel príncipe generoso sin que ninguno de los suyos pueda vengarle. ¡Oh sangre vertida noblemente! ¡oh restos memorables del mejor de los amos! Vos me sois testigos de que no fuí avaro de mi vida y desprecié el acero enemigo; arrostré todos los peligros, y si el cielo no señaló allí el término de mis dias, mis obras me hicieron digno de merecerlo."

»En medio de todos mis compañeros muertos, yo solo caí con vida; pero sin conocimiento. Un espeso velo cubria mis ojos; todos mis sentidos se hallaban embargados; mas al fin mis párpados se abrieron; creí ver la noche, y solo se ofreció á mis inciertas miradas una luz trémula y débil."

»No tenia aun bastante fuerza para distinguir los objetos, y me hallaba en el estado que media entre el sueño y la vida: mis ojos alternativamente se abrian y cerraban; y solo mis heridas, que irritaban la humedad y el frio de la noche, me aseguraban de mi existencia por la impresion cruel de sus dolores."

»Entre tanto, la luz que ví, se adelanta, oigo

un débil susurro que se acerca y se detiene á mi lado; levanto con fatiga mi cabeza, y veo dos hombres cubiertos con largos mantos y con una linterna en la mano. Hijo mio, me dice el uno de ellos: confia en Dios, cuyo brazo sostiene á la virtud, y cuya gracia se anticipa á nuestros ruegos."

»En seguida estiende su mano como para bendecirme, y con aire modesto y santo pronunció á media voz algunas palabras que apenas percibí, y cuya inteligencia no alcanzaba; levántate, me dice, y de repente me levanto lleno de vigor y de alegría, sin sentir mis heridas, y reanimados al parecer mis miembros."

»Atónito los miro, y mi alma sorprendida tarda en dar crédito á mis ojos. Hombre escaso de fé, me dijo el anciano, ¿aun dudas? ¿á dónde se estravían tus pensamientos? No son fantasmas las que ves; somos siervos de Jesucristo, que por seguirle hemos dejado el mundo seductor y sus vanos atractivos; lejos aquí de los humanos, vivimos en un desierto."

»El Dios, que reina sobre el universo, y que para obrar los mas grandes milagros no desprecia los mas viles instrumentos, ese Dios me ha elegido para salvar tus dias; no quiere que quede privado de los honores fúnebres ese cuerpo donde

habitó tan bella alma, y que inmortal y glorioso un dia se unirá con ella."

»Suenon tendrá sepulcro digno de su valor, y las generaciones venideras llegarán á ofrecerle su admiracion y sus votos. Levanta los ojos al cielo, mira aquella estrella, que cual el sol brilla, y cuyos rayos van á conducirte á donde descansa el cuerpo de tu Señor."

»De repente de aquel astro luminoso, ó mas bien de aquel sol, desciende un rayo, que semejante á una cinta dorada, se prolonga hasta el cuerpo del héroe. El esplendor de su luz se esparce sobre las heridas, y en aquellos despojos sangrientos, desfigurados, reconozco á mi señor."

»Yacia, no con el rostro inclinado sobre la tierra, sino levantado ácia el cielo, adonde se dirigieron siempre sus deseos: su mano derecha, cerrada, oprimia aun el puño de su espada, y parecia pronta á herir; y la izquierda, colocada sobre el pecho, parecia implorar la celestial clemencia."

»Yo regué con mis lágrimas sus heridas, y dí rienda á mi dolor inconsolable, y el anciano le abrió la mano derecha y tomó su espada. Este acero, me dijo, que hoy ha derramado tanta sangre, y aun está bañado en ella, es, como sabes, una obra perfecta, y no tiene igual en el universo."

»El Cielo no quiere que quede abandonado; quiere que de la mano de un héroe pasé á la de otro no menos valiente y mas afortunado, que la maneje con igual denuedo; pero que la conserve por mas tiempo, y vengue con ella á su primer dueño."

»Soliman ha inmolado á Suenon; y la espada de Suenon debe inmolar á Soliman: tómala: marcha al campo de los cristianos; no temas que nuevos obstáculos detengan tus pasos en los paises que vas á recorrer: la mano que te conduce abatirá á tu presencia las barreras que pudieran cerrarte el paso."

»El cielo quiere que esa voz que te ha conservado, publique la piedad, el valor, y el denuedo de tu generoso amo; quiere que su ejemplo dé á la religion nuevos vengadores, y que despues de largos siglos inflame aun á los héroes futuros."

»Yo debo hacerte saber quién heredará esta espada: es el jóven Reinaldo, aquel guerrero á quien todos ceden la palma de la victoria; tú se la entregarás, y le dirás que todo el universo espera de él la venganza debida á Suenon. Mientras escuchaba yo este discurso, un nuevo milagro atraía mis miradas."

»En el lugar donde descansa el cadáver, veo de repente levantarse un magnífico sepulcro que circunda el cuerpo del héroe y le encierra en su seno. Una mano invisible trazó su nombre, sus hazañas y sus virtudes: yo contemplaba el monumento y la inscripcion, y mis ojos no podian desprenderse de tan caros objetos."

"En esta tumba, dijo el anciano, el cuerpo de tu amo descansará al lado del de sus fieles compañeros, mientras que sus almas en el seno de la divinidad gozarán de la eterna ventura: tus lágrimas han pagado á sus cenizas el tributo que les era debido; ya es tiempo de que goces de algun reposo, y mi oculta morada será tu asilo hasta que la aurora venga á despertarte para emprender tu viaje."

»Calla, y me conduce por montes y por valles: yo seguia dolorido sus pasos: pero al fin llegamos á la entrada de una caverna abierta en una roca, donde solo con su discípulo vive el anciano en medio de las fieras, de los bosques; y armado con su inocencia, no necesita ni coraza ni escudo para defenderse."

»Me ofrece una comida silvestre, y un duro lecho recibe mis miembros fatigados, y repara mis fuerzas; pero cuando la aurora despidió sus primeros rayos, los dos solitarios se levantan, los tres ofrecemos al Eterno nuestras fervientes oraciones; digo á Dios al anciano; parto, y me dirijo adonde me encaminan sus consejos."

Calló al decir estas palabras. "Generoso guerrero, le responde Buillon, tú nos traes una cruel y dolorosa nueva que aflige y enternece nuestros corazones. ¡Un momento nos ha arrebatado tantos guerreros generosos, tantos amigos! ¡un rincon ignorado de la tierra posee sus despojos; y tal como el relámpago, tu príncipe no ha brillado mas que para desaparecer!"

»Pero su muerte constituye su dicha, y mil tesoros, mil conquistas, no valen tanto como una muerte tan gloriosa: jamas vió tan nobles lauros el antiguo capitolio; y sentados en lo alto del empíreo, en el templo de la gloria, una corona inmortal es el premio de sus trabajos: allí se gozan en sus heridas y bendicen su derrota."

»Pero tú que le servistes; tú, que en este teatro de eternos combates debes sufrir aun los peligros y las fatigas, goza de su triunfo y serena tu frente dolorida: tú buscas al hijo de Bertoldo, este anda errante lejos de nosotros, y yo te aconsejo que esperes á que tengamos noticias seguras, antes que te resuelvas á partir en su busca."

Tales discursos renuevan en todos los corazones la ternura que les inspiraba Reinaldo. ¡Ah! esclaman, ¡ese invicto mancebo anda errante en medio de pueblos bárbaros é infieles! No hay ninguno que no recuerde, refiriendo al lujo de Dinamarca, sus brillantes acciones, y desarrolle á sus ojos admirados el hilo maravilloso de sus dias.

Su memoria habia enternecido á todos los corazones, cuando de repente llega una multitud de guerreros, á quienes la codicia del botin habia conducido lejos del campo; conducen los rebaños que habian arrebatado al enemigo.

Con ellos traen señales demasiado ciertas de una terrible desgracia; es la armadura de Reinaldo, sangrienta y destrozada; mil rumores inciertos circulan por el campo; y al nombre de aquel guerrero, la multitud sollozando, corre, se agolpa, y solicita ver sus armas.

Todos las contemplan, y reconocen aquella enorme coraza, aquel casco brillante, aquella ave, que sujeta un rayo entre sus garras, y cuyas miradas se fijan en el sol. Antes, siempre se las encontraba en el camino del honor y de la gloria; hoy rotas, ensangrentadas, yacen tendidas sobre el polvo, y este espectáculo escita en todos los corazones la compasion y la ira.

Mientras murmuran todos, y atribuye cada uno á la muerte del héroe una causa diferente, Godofredo llama á Aliprando, gefe de los guerreros que trageron la armadura: Aliprando, que reune el valor de un caballero, la franqueza de un soldado. "Dime en dónde has encontrado estas armas; ora

sea ventura ó desgracia, nada me ocultes.»

»A dos jornadas del campo, responde el guerrero, ácia los confines de Gazza, hay un valle lejano rodeado de colinas por todas partes: de lo alto de los collados baja un arroyuelo que serpentea por una pradera sembrada de mil flores y á la sombra de mil árboles; sitio muy á propósito para una emboscada.

»Nosotros íbamos á buscar los rebaños que pastaban en aquellos prados, cuando de repente descubrimos sobre la yerba algunos rastros de sangre: y no lejos de allí, y á la orilla del arroyo, el cadáver de un guerrero: á la vista de estas armas, que conocimos á pesar de la sangre y del polvo con que estaban manchadas, nos quedamos confundidos; acércome al cadáver: quiero descubrir las facciones de su rostro: pero la cabeza habia sido cortada.»

»Faltábale la mano derecha tambien, y el cuerpo estaba traspasado con mil heridas recibidas por la espalda: mas lejos divisamos el casco y el águila con sus alas blancas y desplegadas: y mientras que mis ojos buscaban quien pudiese darnos noticia alguna, un aldeano se presenta á mi vista; pero al descubrirnos se retira y huye.»

»Yo le persigo, le detengo, y le pregunto: el aldeano me responde que la víspera vió salir de aquel valle una tropa de guerreros: que á su aspecto se escondió; y que uno de ellos tenia en la mano una cabeza ensangrentada, cuyo cabello rubio y cuyas facciones anunciaban ser de un jóven."

»Que el mismo guerrero envolvió la cabeza en un lienzo y la colgó á la silla de su caballo; y que por el trage conoció que era de nuestra nacion aquella tropa. Hice desnudar el cadáver: le regué con mis lágrimas: mandé que se le hiciesen los últimos honores, y me llevé conmigo su armadura."

»Pero si aquel cuerpo es en efecto el de Reinaldo, merece otros honores y otra tumba." Dichas estas palabras, Aliprando se retira: y Godofredo, triste, pensativo, suspira en secreto: su corazon rechaza tan funesta idea, y quiere, con señales mas ciertas, conocer el homicida y el cadáver.

Entre tanto la noche llega, y con sus negras alas oscurece el cielo: el sueño, con sus dulces ilusiones, viene á calmar á los mortales y á derramar sobre sus corazones el olvido de los cuidados y de las penas. Tú solo, Argillan, herido con mil dardos, revuelves en tu pecho agitado mil siniestros pensamientos: tus ojos no pueden ceder al sueño, y tu alma se niega al descanso.

Atrevido en sus discursos, ardiente, impetuoso, Argillan nació en las orillas del Tronto y en medio de guerras civiles, alimentándose con odios y venganzas: desterrado despues de su patria, inundó

de sangre los valles y las colinas, desoló los lugares que le sirvieron de cuna, y al fin la guerra santa le llamó al Asia, y hazañas mas honrosas señalaron su valor.

Cerráronse no obstante sus ojos al despuntar la aurora; pero el blando sueño no derramó sobre ellos su dulce reposo: la discordia los embriagó con su veneno, y sumergido en un estado de estupor mas espantoso que la muerte, mil ilusiones acuden á turbar sus sentidos, y ni aun durmiendo goza del descanso: la cruel furia se presenta á su imaginacion bajo mil formas espantosas, le sobresalta y le aterra.

Toma en fin la forma de un guerrero cuya cabeza ha sido cortada, y la mano derecha separada de su brazo: con la izquierda sostiene la cabeza sangrienta y pálida: el rostro, vivo retrato de la muerte, respira, y habla respirando; y las palabras, interrumpidas, salen de su boca entre sangre y sollozos. "Huye, dice, Argillan...; huye de esos lugares manchados por el crímen..; huye de ese campo funesto... y de su gefe impío."

»¡Oh, caros amigos! ¿quién os defenderá del cruel Godofredo y de la perfidia de que yo he sido víctima? El bárbaro, devorado por el odio, y sediento de maldades, fabrica vuestra comun ruina, despues de haber completado la mia; sin embargo, si tu mano aspira aun á la gloria, y si cuentas con el valor de tu brazo, no huyas, no; corra la sangre del tirano sobre mis cenizas, y vengue mi muerte."

»Mi sombra seguirá tus pasos, irritará tu cólera, y te dará el acero que debe inmolarle: yo armaré tu corazon y tu brazo." Dijo, y derramó en su pecho un nuevo furor: el sueño le abandona; y atónito, fuera de sí, mueve sus grandes ojos en sus órbitas llenas de furor y de ponzoña, se arma, y enfurecido reune á los italianos.

Se juntan en el mismo lugar en que estaban colgadas las armas de Reinaldo, y allí exala su boca en estas palabras el furor que le devora: "¿Será justo que un pueblo de bárbaros, de tiranos, enemigo de la razon, infiel á sus promesas, que no se sacia de oro ni de sangre, haga pesar sobre nosotros su cetro de hierro, y haga doblar nuestras cabezas bajo su yugo?"

»Las afrentas que hemos sufrido, las crueldades que hemos esperimentado siete años ha bajo este duro imperio, aun despues de diez siglos podrán escitar la venganza de Roma y de la Italia. No os hablaré de la Cilicia, domada por las armas y los esfuerzos de Tancredo; usurpada despues por los franceses, y hecha entre sus manos el galardon de la perfidia."

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

»No os diré que cuando las circunstancias exigen audacia, valor ó firmeza, siempre es uno de nosotros el que vá primero, al través de mil muertes y peligros, á llevar el hierro y la llama; pero cuando en el seno de los placeres y de la paz, se trata de gozar del reposo y repartir las palmas y el botin, entonces nadie nos conoce: los franceses solos se lo apropian todo, la gloria, las conquistas, los triunfos, los tesoros."

»Hubo un tiempo en que tales injurias podian herir nuestros corazones y abatir nuestra fiereza: yo no os hablaré de él ahora: un crímen espantoso mas reciente, una crueldad horrible, no nos permite mirarlas sino como débiles ofensas. Ellos han inmolado á Reinaldo, y han violado las leyes humanas y divinas. ¡Y el Cielo no lanza el rayo; y la tierra no los sepulta en eterna noche!"

»Ellos han inmolado á Reinaldo, al escudo y defensor de nuestro culto: ¿y este héroe no está aun vengado? ¿vengado? ¡qué digo! Sus miembros mutilados y sangrientos aun yacen tendidos sobre el polvo, privados de sepultura: me preguntareis quién es el bárbaro que ha cometido este crímen, ¡oh, amigos! ¿quién podrá desconocerlo? ¿quién de nosotros ignora cuan celosos son de nuestro valor Godofredo y Baldovino?

¿Pero por qué buscamos pruebas? Yo pongo

por testigo al Cielo, al Cielo, que me oye y que castiga al perjuro: esta mañana, en el momento en que el sol empezaba á iluminar el mundo, yo he visto la sombra errante del malhadado Reinaldo. ¡Qué espantoso, qué cruel espectáculo! ¡con cuántos crímenes nos amenaza este primer crímen! Sí: yo la he visto: no era un sueño, y aun está presente á mis ojos por do quiera.

"¿Qué haremos pues, ahora? ¿Dejaremos que una mano, llena aun de esa sangre injustamente vertida, nos conduzca y nos mande? ¿O bien huiremos lejos del tirano, á los paises que el Eufrates fecundiza? ¿Iremos á hacer la guerra á un pueblo afeminado, que vé florecer en sus feraces campos tantos pueblos y ciudades? Estos pueblos, estas ciudades serán nuestras, y no partiremos la conquista con los franceses."

»Partamos, y esa sangre ilustre, inocente, quede si es preciso sin venganza, pero si ese valor, hoy helado cual la nieve, fuese tan ardiente como debiera, la serpiente odiosa que ha devorado la flor y la hermosura de la Italia, pronto caeria bajo nuestros golpes, y su muerte serviría de ejemplo á los tiranos."

»Yo quisiera, si vuestra audacia igualase á vuestra fuerza: yo quisiera con esta misma mano introducir el suplicio en el corazon impio que alver-

ga la traicion." Así habló el fanático Argillan, y su furor se comunica á todos los corazones: el insensato grita: *á las armas, á las armas*, y aquella juventud guerrera, poco reflexiva, repite despues de él: *á las armas, á las armas.*

La discordia hace relucir el acero de que su mano está armada, y derrama en todos los corazones su venenosa saña: el despecho, el furor, la sed culpable de su sangre, se encienden y se aumentan por instantes: estiéndese el contagio; del cuartel de los italianos pasa á infestar el de los helvecios, y de allí se comunica á las tiendas de los britanos.

Aquel fatal suceso, aquella pérdida de un héroe querido, no son los únicos incentivos del motin: antiguos resentimientos le nutren tambien y le fomentan: odios mal dormidos se despiertan: se llama á los franceses impíos, tiranos: el ódio estalla en amenazas, y no puede ya contenerse.

No de otro modo sobre violento fuego hierve el agua, se eleva, y se arroja al fin fuera del vaso que la encierra. Aquellos á quienes la verdad ilumina su mente, no pueden detener el torrente ciego é impetuoso; y Tancredo, Camilo, Guillermo, todos los que tenian alguna autoridad, se hallaban lejos del campo.

Todos estos pueblos, mezclados, confundidos,

corren á las armas: el aire resuena con el ruido sedicioso de las trompetas, y entre tanto todos los demas corren ácia Buillon; todos le gritan que se arme: Baldovino se presenta el primero á su vista y se coloca á su lado.

El héroe, oyendo que le acusan, vuelve sus ojos al Cielo, su asilo y su apoyo, y esclama: "Tú que sabes cuánto horror tuve siempre á derramar la sangre de mis hermanos, disipa, ¡oh Dios mio, la nube que oscurece su vista! contiene su furor; y el mundo ciego conozca mi inocencia como tú la conoces."

Dijo: y un nuevo fuego circula por sus venas: renace en su corazon la esperanza; y la firmeza aparece en su rostro. Rodeado de los suyos se adelanta ácia los guerreros que creian vengar á Reinaldo: oye el ruido de las armas, las voces y las amenazas le rodean por todas partes; mas nada detiene sus pasos.

Ceñido con la cota, se adorna con el mas pomposo de sus vestidos; su diestra está desarmada y descubre su magestuoso semblante: agita su cetro de oro, y no quiere otras armas para calmar los movimientos sediciosos: se presenta á los amotinados, les habla, y su voz no parece la de un mortal.

»¿Cuál es el objeto de esas amenazas insensa-

tas? ¿Cuál es el motivo de esos rumores que hieren mis oidos? ¿Cuál es la causa? ¿Así me respetais? ¿Despues de tantas pruebas, os seré yo aun desconocido? ¡Se acusa á Godofredo de perfidia, y se aplaude á su acusador! ¿Esperais verme humillado ante vosotros, que consienta en el oprobio de justificarme, y de rogar á quien me debe obedecer?»

»No: el universo, que está lleno de mi nombre, jamas tendrá que acusarme de una accion tan baja: no quiero mas defensores que este cetro, que la memoria honrosa de mis hechos, y la voz de la verdad: la justicia hará lugar á la clemencia; la pena no caerá sobre todos los culpados, y yo os perdono en obsequio de Reinaldo.»

»Que Argillan solo lave con su sangre el comun crimen: Argillan, autor de tanto trastorno, Argillan, que apoyado en las mas débiles sospechas os ha arrastrado en su error mismo." Mientras habla esparcen el terror sus ojos, y llenos de magestad brillan como el sol: Argillan, sorprendido, sojuzgado, tiembla á su aspecto, y una mirada le aterra.

Aquella multitud insolente y audaz que temblaba de cólera y de rabia, y cuyas manos se armaban con espadas, con dardos y con las llamas que les suministraba la venganza, dócil entonces,

sonrojada y tímida, escucha en silencio los acentos imperiosos del héroe, y sufre que Argillan, en medio de tantas armas, sea preso y encadenado.

No de otro modo el leon soberbio sacude su melena horrible con feroz mugido, mas al ver la mano que domára su nativa fiereza, inclina su cabeza altiva al peso de la cadena, tiembla de la amenaza, y depone la fuerza de sus garras.

Es fama que en aquel instante un guerrero alado, de aspecto amenazador y terrible, cubria al piadoso Buillon con un escudo celeste, y que en sus manos brillaba una espada que derramaba sangre: esta era sin duda la de aquellas ciudades cuyos crímenes encendieron al fin la tardía cólera del Eterno.

Así se aplaca el tumulto, se deponen las armas, y los odios se disipan: Godofredo vuelve á su tienda lleno del gran designio que le ocupa, y antes que el sol por la tercera vez apague sus fuegos en el Océano, quiere dar el asalto, y examina aquellas máquinas funestas y terribles, destinadas á destruir las murallas, é introducir dentro de Solima la desolacion y la muerte.

sonrojada y tímida, escucha en silencio los acentos imperiosos del héroe, y sufre que Argilan, en medio de tantas armas, sea preso y encadenado.

No de otro modo el león soberbio sacude su melena horrible con feros mugido, mas al ver la mano que domara su nativa fiereza, inclina su cabeza altiva al peso de la cadena, tiembla de la amenaza, y deponе la fuerza de sus garras.

Era llana que en aquel instante un guerrero alado, de aspecto amenazador y terrible, cubria al piadoso Iguilon con un escudo celeste, y que en sus manos brillaba una espada que derramaba sangre: esta era sin duda la de aquellas ciudades cuyos crímenes encendieron al fin la tardia cólera del Eterno.

Así se aplaca el tumulto, se deponen las armas, y los odios se disipan: Godofredo vuelve á su tienda llena del gran designio que le ocupa, y antes que el sol por la tercera vez apague sus luces en el Océano, quiere dar el asalto, y examina aquellas máquinas funestas y terribles, destinadas á destruir las murallas, é introducir dentro de Solima la desolacion y la muerte.